

Rafael
Martínez-Simancas

DOCE BALAS DE CAÑÓN

Imagen de cubierta: Vista general del campamento de Annual.
Archivo ABC. Autor: Salvador Zarco. 01/01/1921.

Primera edición: 2011

© Rafael Martínez-Simancas, 2011
© Algaida Editores, 2011
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-638-6
Depósito legal: M-16.941-2011
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Nota del autor	13
1. Una estrella fugaz	21
2. Quietos y a esperar la orden	35
3. Marta en Ibiza	47
4. 2 de junio, 1921	59
5. Lála en la habitación 14	71
6. 10 de julio de 1921	81
7. P39a (de Alhucemas a Igueriben)	99
8. Se agota la paciencia	109
9. Esperando la llegada del convoy	121
10. Mohamed Benz 230 diésel	129
11. 17 de julio, primer día	141
12. Hospital Comarcal de Melilla	149
13. 18 de julio, segundo día	161
14. 19 de julio, tercer día de asedio	171
15. De compras por Melilla	185
16. 20 de julio	197
17. El trivial de Marta	215
18. Amanece el 21 de julio	229
19. Récord en audiencia	241

20. Doce balas de cañón	257
21. El éxito y los premios	271
22. Melilla, enero de 1923	283
Notas	289
Lista de soldados que combatieron en Igueriben del 17 al 21 de julio de 1921, (datos publicados en el libro <i>Igueriben</i> de Luis Casado y Escudero)	295

Parece mentira que dejéis morir a vuestros hermanos
JULIO BENÍTEZ

A la memoria de Julio Benítez Benítez

NOTA DEL AUTOR

ANTES DE «ENTRAR EN COMBATE» CON LA TRAMA QUE alimenta estas páginas, una advertencia: los hechos que aquí se recrean están novelados sobre una base histórica. Algunos personajes han sido modificados para explicarlos mejor en su contexto (lo cual tampoco significa que se les haya hecho justicia sino que tan sólo se les ha adaptado en el relato). Ahora bien, el autor muestra su admiración por todos ellos, por los que dieron la talla y por los que huyeron para salvar sus vidas. No es una historia de valientes y cobardes, es una novela sobre la España del siglo XX, un país atrasado, agrícola y temeroso de Dios. Es una historia de la milicia, de soldados sin fortuna y de oficiales que en muchas ocasiones tuvieron que sobreponer con su ingenio las lagunas que dejaba el alto mando.

Los sucesos que ocurrieron durante el asalto a la posición de Kudía-Igueriben, desde el 17 de julio de 1921 (domingo) al 21 de julio (jueves), están recreados sobre el libro que escribió uno de sus escasos supervivientes, el teniente Luis Casado y Escudero. Datos que luego se pudie-

ron contrastar en el Expediente Picasso que fue redactado para las Cortes pero que nunca se llegó a leer porque Primo de Rivera dio un golpe de Estado. Había demasiado asunto turbio para que fuera ventilado en público.

La parte central del relato es la actitud del comandante Julio Benítez Benítez en una posición que militarmente resultaba indefendible, sin aguada, sin convoy de abastecimiento, sin que nadie le diera la más mínima esperanza de ser rescatados, pero en la que lejos de acobardarse se portó como un héroe. Algunos pudieran pensar que actuó llevado por su extremo sentido del deber y otros que lo hizo porque tenía que estar a la altura de su tropa (dejada de la mano de Dios por el Estado Mayor que tenía instalado Silvestre en el campamento de Annual a seis kilómetros de la montaña de Igueriben. Bien es verdad que el ejemplo de lo sucedido días antes en la posición de Abarrán no auguraba nada bueno. Seis kilómetros entre barrancos acosados continuamente por el paqueo de las cabilas enemigas eran una distancia mortal y muy arriesgada aunque no por ello los defensores perdieron la esperanza, muy al contrario).

Julio Benítez Benítez, nacido en El Burgo (Málaga) el 17 de agosto de 1878, no tenía un expediente militar de relumbrón, muy al contrario en él se pueden encontrar algunas faltas al reglamento y también sanciones por su comportamiento fuera del Ejército (entonces se pensaba que el militar como el cura debía guardar una vida ejemplar y discreta); pero aquello era África y en las condiciones extremas también aparecen comportamientos al margen de lo reglamentario. En Melilla no era extraño que los mandos

militares mantuvieran una «familia paralela» al margen de la que tenían en la Península, no fue el caso de Benítez al que sí se le reprendió por otro tipo de comportamientos «licenciosos» para la estricta observancia castrense.

Julio Benítez no era un héroe pero sí un buen hombre que pensó en salvar a su tropa del inminente desastre porque «la tropa nada tiene que ver con los errores que haya cometido el mando», llegó a telegrafiar al campamento de Annual. Sus últimas horas son de una entereza moral que sería digna de estudiar en las academias militares; lejos de amilanarse o capitular tal y como le sugirieron desde Annual, Benítez organizó la retirada, estableció cómo se iban a colocar los oficiales para cubrir los flancos y le pidió a un soldado que retornara cerca de quince mil pesetas que había en la posición y que correspondían a la caja del Ceriñola, «con el encargo de reintegrarlas a la caja del regimiento si se abrieran camino». No se le puede pedir más a un jefe militar.

Cuando amanecía el último día del asalto, envió el siguiente mensaje al campamento de Annual: «Parece mentira que dejéis morir a vuestros hermanos, a un puñado de españoles que han sabido sacrificarse delante de vosotros». Era el mensaje de quien no entendía lo que estaba haciendo el Estado Mayor porque Benítez confió hasta el final en la llegada del famoso convoy del rescate, no iban a dejar morir a sus hermanos delante de sus narices, no le parecía comprensible.

En aquella posición y tras cinco días de asedio sin agua murieron 354 españoles, un alto porcentaje analfabetos, soldados a los que el destino les había metido en la

boca del diablo, las balas de las cabilas atacantes hicieron el resto. Muchos de ellos acababan de llegar a África y carecían de una mínima instrucción de combate. De los defensores sólo se salvaron catorce soldados que fueron conducidos al campamento de Annual por el sargento Dávila. Cuatro de ellos murieron tras llenarse la panza con agua, era tal su ansiedad que no pudieron contenerse a pesar de que prácticamente les quitaron las cucharas de palo de la boca, pero su enajenación era superior a sus fuerzas. El único oficial superviviente, el teniente Luis Casado Escudero, fue hecho prisionero junto a un soldado que también había conseguido escapar en la alocada carrera que les llevó loma abajo. Casado pasaría un año y medio de su vida como prisionero en el campamento de Axdir, regresó a Melilla como el resto de los militares por los que el Estado español había pagado un exiguo rescate, «¡Qué cara sale la carne de gallina!», llegó a decir Alfonso XIII en una frase para olvidar.

A Casado le fusilaron en Melilla en los días de pánico de julio de 1936. Sus últimas líneas fueron para pedir que cuidaran de sus hijos, «muero inocente» y que le enterraran junto a «Finucha» (Serafina), su mujer que había muerto dos años antes. A Franco le pidieron clemencia con él pero se quitó el problema de encima diciendo que apenas le conocía por relatos que otros habían hecho de él. Evidentemente no estaban los tiempos para clemencias, y a Casado se le acusó de masón y comunista.

A primeros de diciembre de 2008 y en compañía del coronel Benito Gallardo, mi amigo David Torres y yo, cruzamos la frontera que une (o separa) a Melilla de Marrue-

cos. Lo hicimos como mandan las ordenanzas militares: temprano, antes de que amaneciera y con la «merienda» en el maletero que el coronel Gallardo había incluido para que pasáramos un día de campo.

Hacía frío y olía a cordero porque coincidió con esa fiesta tan popular de Marruecos. El todoterreno atravesó Nador, pasamos por Monte Arruit, cruzamos por un puente el río Kert (lo había advertido Abd el-Krim: «Si los españoles cruzan el Kert sus aguas se teñirán del rojo de la sangre»). Continuamos por Ben Tieb y para el final del camino quedó la visión de Annual desde las alturas de las posiciones A y B que se encargaban de defender el siempre peligroso barranco de Izúmar. Cerca de las dos de la tarde llegamos al pie de la loma de Igueriben, la subimos por su lado oeste, bastante escarpado y rocoso. Desde arriba se divisaba el mar, y el cielo parecía estar muy cerca. Nos sentamos a escuchar el viento en unas piedras que eran el resto de lo que quedaba de la tienda de mando en la que Benítez pasó sus últimos días. Igueriben es la cara oculta de la luna, un paisaje de rocas y desolación. Costaba imaginarse a más de trescientas personas deambulando por aquel reducido espacio y agachando la cabeza puesto que el parapeto no levantaba un metro del suelo.

Julio Benítez Benítez recibió la Laureada, cruz de San Fernando de segunda clase, a título póstumo, el 3 de enero de 1925. No me cabe duda de que la habría compartido con el resto de los soldados que murieron en Igueriben, igual que hizo con su última ración de agua. Aquella tropa asustada y mal entrenada pertenecía a los siervos

de gleba de la sociedad española de un siglo XIX que se alargó demasiado, fueron carne de cañón y supieron demostrar un valor digno de mejor causa. Sus nombres fueron recogidos a modo de diario por el teniente Casado.

Benítez no era un «echao palante» que se decía en la época, ni un loco como el general Silvestre que se empeñó en llegar a Alhucemas por el peor camino posible.

Según Rupert Furneaux, autor de *Abd el-Krim emir of the Rif* (Londres, 1967), en Annual murieron dieciocho mil hombres, «virtualmente un ejército entero», decía de manera textual. El informe Picasso lo reduce a 13 363 bajas.

Para recuperar los datos y hacer justicia a las memorias de los que cayeron habría que esperar a que volvieran los prisioneros de Axdir, el 27 de enero de 1923, dieciocho meses después. Entonces entenderemos mejor esta acción bélica. Pero, por si acaso, transcribo las duras palabras del general Cabanellas tras la recuperación de Zeluán (una alcazaba donde se produjo una de las matanzas más horribles después de Monte Arruit). Cabanellas llegó a Zeluán casi un año después de la caída de las tropas de Silvestre, para los anales de la conciencia política española de aquella época dejó escrito el siguiente parte: *Acabamos de ocupar Zeluán, donde hemos enterrado quinientos cadáveres de oficiales y soldados. El no tener el país unos millares de soldados organizados les hizo sucumbir. Ante estos cuadros de horror no puedo menos que enviar a ustedes mis más duras censuras. Creo a ustedes los primeros responsables... Han vivido ustedes gracias a la cobardía de ciertas clases, que jamás compartí. Que la historia y los deudos de estos mártires hagan con ustedes la justicia que merecen...*

Este relato ocurrió hace noventa años. Todos los que murieron eran jóvenes, estaban cargados de futuro, algunos pendientes de regresar a la Península para contraer matrimonio. Tuvieron la mala suerte de estar donde no debían.

Aquel julio de 1921 relatan los meteorólogos que fue el mes más caluroso del siglo XX.

1.

UNA ESTRELLA FUGAZ

—¿QUÉ?, ¿SUENAN MUCHO MIS HUESOS?
—Un poquillo, se te nota cargada la parte alta, las cervicales. Y como siempre, en cuanto te pongo la mano encima la espalda se te vuelve roja, roja, roja, roja.

Tumbado en la camilla y la espalda desnuda, Arturo Rodríguez parecía lo que era: un señor mayor. Pero él en realidad quería resultar un galán maduro, atentos a la diferencia. Lo malo para un actor de su ego no era cumplir años sino que no le dieran papeles, «Es mejor morir a que no suene el teléfono móvil».

La persona que le manejaba la espalda era la misma mujer que le venía tocando desde hacía diez años: Luna, sin apellido. Resultaba curioso que entre los dos no hubieran cruzado muchos datos de sus vidas pero que Luna conociera su cuerpo al dedillo; le bajaba tanto los pantalones para activar las lumbares que reconocería su culo entre un grupo de delincuentes con los pantalones bajados en una rueda de reconocimiento.

Arturo Rodríguez se consideraba uno de los hombres importantes del cine español pero estaba muy jodido porque Almodóvar y Trueba nunca habían contado con sus servicios, pero jodido de puertas para adentro para que no se le notara la envidia ya que en su «sindicato, como decía él, no es conveniente que te noten que estás mal porque entonces pasarás a estar jodido». Arturo estaba considerado un buen actor, sin duda, pero le había pasado lo que ocurre con los aviones antiguos, que viene otro modelo nuevo a sustituir al anterior; es ley de vida y ley física de la aeronáutica aplicada a los modelos sociales humanos (para muchas cosas somos diseño en estado puro, lo cual no deja de ser una visión nihilista de la existencia). Con el debido respeto, Arturo Rodríguez se había convertido en una vieja gloria a la que hacía tiempo que nunca le enviaban un papel en condiciones. Tanta era su falta de perspectiva que había tenido que aceptar en una serie el papel de Ulises, el abuelo de un toxicómano que la televisión emitía en horario de máxima audiencia.

—No te jode, toda la vida siendo la pareja de las mujeres más guapas del cine español, ¡y mundial, qué coño, porque menudas italianas venían aquí en los años sesenta, de toma pan y moja!, y resulta que ahora los chavalitos me reconocen por la calle como el abuelo del Peregilo, el tipo que se preocupa porque el nieto lleve una vida sana y le aparta de las malas compañías. Cuando me ven dicen con cachondeo: «Ulises que el Peregilo está endrogao». ¡La madre que los parió! —y emitió un grito seco de dolor que sonaba a bisagra de cofre antiguo.

—Esto te pasa porque te machacas demasiado en el gimnasio. Yo creo que no tienes edad para andar con tonterías, coge pesas más pequeñas. Menos peso pero más repeticiones, Arturo. A ver, que te lo digo con cariño pero que te conozco también y eres muy bruto, has decidido tener treinta años siempre y el cuerpo tiene memoria por mucho que lo cuides.

—¡Claro!, y también puedo buscarme mujeres mayores para hacer juntos cosas de viejos. Pues no. Yo no quiero ir a la agencia de viajes para que me programen un crucerito entrañable en un marco de relax. A las mujeres de treinta años, como los que tiene mi novia, le gustamos los hombres maduros porque tenemos clase, sabemos, conocemos la historia, sabemos preparar un *gin-tonic* en condiciones... y porque las podemos levantar en la cama sin necesidad de usar las manos.

—¡Fantasma, que eres un fantasma!

—Pues no te quiero decir nada pero esa parte en la que nunca me has dado masaje es mi mejor músculo. Es verdad que pasados los cincuenta no encuentra el entusiasmo de antes pero sigue teniendo la habilidad de la experiencia.

—Eso lo dicen todos los tíos que son mayores: el consuelo de la experiencia porque no os queda otra. ¡Anda date la vuelta que te voy a tocar el cuello!

—Sí, vale, pero luego también me miras el pie porque me duele el metatarso.

—¿El qué?...

—¿Pero tú no eres mecánica de chapa humana?... ¡pues el metatarso, joder, el metatarso!

Era junio y en la calle parecía un agosto adelantado. En el gabinete de estética donde se encontraba la habitación de los masajes hacía un tiempo intermedio. El chorro del aire acondicionado salía con el ruido de un gigante que no dejaba de espirar viento por sus pulmones, un runrún que le llevaba al sueño, directamente a la siesta de los esquimales. En el CD sonaba una música andalusí mezclada con efecto de agua; uno de esos discos que venden para relajar la mente y que al escucharlos entran ganas de hacer pis. Pero a él la mente no se le relajaba porque aquella misma mañana, ¡casi quince años después de su último protagonista en el cine, le habían llamado para hacer otro papel en la pantalla! No tenía ni idea del personaje, le sonaba a chino pero era una excelente oportunidad para dejar durante un tiempo al Peregilo, a la serie y al director que era un pejiquera que les hacía repetir escena tras escena. «La televisión es sonreír cuarenta veces de la misma manera para que luego sólo emitan una, y las otras las tiran a la basura y ahí te quedas con cara de gilipollas mirando cómo se va tu chica detrás de una puerta en la que no hay nada pero donde figura una gran avenida. Las series son mentira, coño, como la vida, igual. Por eso gustan», era uno de los argumentos que más repetía Arturo.

Finalmente un director joven, alguien que no había hecho una película seria en su puñetera vida, se fijaba en él. Podría ser el Almodóvar del siglo XXI y llevarle de nuevo al camino de la fama y de los estrenos (ya no eran en la Gran Vía como en su época gloriosa de galán español, ahora los estrenos se solucionaban con un pase privado y dos trozos de tortilla de patatas cogidos con palillos de

dientes. Y, si llegabas a tiempo, podías hacerte con una copa de vino pero habitualmente lo mejor de un *catering* se lo queda la gente de producción). La Gran Vía había cumplido cien años... y a efectos emocionales Arturo Rodríguez también.

—¿Sabes, Luna? Me han ofrecido un protagonista en el cine.

—¿Y te va a dar tiempo con todo el curro que te lleva la serie?

—Pues no, tendré que dejarla durante unos meses, al menos tres. Voy a hacer de militar.

—¿Yo no he visto en la pared de tu casa una foto vestido de militar?

—Sí, cuando hice de soldado joven en una de las últimas películas de Alfredo Mayo.

—Pues sí que ha pasado tiempo. Yo esas películas las veo, y no enteras, cuando las «echan» es Cine de Barrio. Pero tampoco les presto mucha atención porque a mí las guerras no me divierten, no soy como mi cuñada a la que le gustan hasta los uniformes de jardinero.

Este último comentario le habría incordiado más que todos los cachondeos de los chiquillos cuando le veían por la calle, pero en ese momento de postración voluntaria, de tumbado en horizontal en posición de decúbito prono (recordemos que se había girado para que Luna le tocara el cuello), en ese momento de felicidad pre-contractual Arturo Rodríguez ni sentía, ni padecía, ni tenía ganas de continuar con la conversación.

Por su cuello iban y venían los dedos de la masajista mezclados en un aceite pringoso que no dejaba olor. No-

taba activados todos los músculos de su espalda que ahora descansaban sobre una toalla de algodón color azul. Ese torso había sido bastante famoso en el cine español del destape, allá por la baja década de los años setenta (hacía un huevo, tal y como él estaba dispuesto a admitir después de cuatro copas ante unos amigos).

Su voz, su ancha voz que tanta fama le había dado, le dotaba de ciertos aires de mando. Tenía voz de capitán pero no había hecho la mili porque se acogió a la exención de ser hijo de viuda, detalle este que se encargó de disimular toda su vida para no perder un gramo de virilidad. Y también porque era el hermano mayor de cinco chavales cada cual más bala perdida. Criado en el hambre sabía que las oportunidades no pasan dos veces y que cuando te ofrecen algo, «tonto serás si no lo coges tú porque luego viene otro más listo y te quita lo que es tuyo». Esa idea de que la vida es un combate y te pueden caer leches por cualquier parte la había tenido presente siempre, incluso un combate por encima de sus hermanos pequeños. Eso le produjo algunos problemas durante la madurez porque pensaba que era una mala persona pero hasta que no vio los documentales de animales que pasan en la tele no llegó a entender que los polluelos también se pelean en el nido y son hijos de la misma madre. Uno es generoso cuando tiene algo que dar pero cuando hay que repartir miseria, tal y como pasaba en su casa, entonces hay que tener claro que quien mete el último la cuchara se queda sin sopa. No es cruel, es humano.

Su madre no pudo sacar cinco hijos adelante cosiendo para la calle y fregando portales en Valencia, de hecho

Arturo tenía perdido el contacto con sus dos hermanos pequeños que emigraron a Venezuela y con los que, de vez en cuando, se cruzaba alguna carta. A ellos les iba bien pero no habían vuelto a verse desde diciembre de 1980 cuando falleció Amparo, la madre. Tal vez Arturo los evitaba porque era una manera de reconocer sus años de hambre, y sin hermanos era más libre para inventarse el pasado y decir que su madre había sido pianista, y él, hijo de la relación secreta que tuvo con un banquero. Una buena mentira colocada a tiempo tiene mucho valor en el currículo de un artista, ¿o acaso alguien se cree que todos los magos han sido condes en Rumanía?, el espectáculo o se lleva o no se lleva hasta el final.

Ahora estaba en lo mejor de su vida, nada que le hiciera recordar su infancia cuando era un don nadie de barrio obrero y marginal: divorciado por tercera vez, con una novia joven y algo pija, con dos hijos mayores que pasaban de él, un representante de los que usan peluquín, anillo y pisacorbatas, y la certeza de que nunca más le volvería a salir el putito acné en la cara. Dinero no le faltaba en ese momento pero hasta que no llegó la serie las pasó canutas. En el fondo era un niño con canas: caprichoso, iluso, desordenado, con los pies grandes. Resaca de sus años de necesidad es que tenía un armario lleno de zapatos, más pares de zapatos siempre de los que pudieran tener sus novias. La cuestión es que no quería vivir en la indigencia y le parecía que la gente que cambia mucho de zapatos, y los lleva muy lustrosos, tienen asegurada la prosperidad de por vida. Si tus zapatos pierden brillo, tu vida igual.

El papel del protagonista en una película de militares en la época de África le devolvía a un lugar del estrellato. Con un poco de suerte podría dejar la «cutre serie» y también al Peregilo, papel que hacía el hijo de otro actor que durante tantos años fue su peor enemigo. Sólo ver la cara de aquel estúpido que se hacía el drogata le ponía de los nervios, y mucho más cuando hacían la parada del rodaje y el muy capullo le levantaba el último bocadillo de jamón con una habilidad envidiable. Por su culpa le tocaban los de tortilla con cebolla; él odiaba la mezcla de la patata con la cebolla porque luego se le repetía y en más de una ocasión habían tenido que parar el rodaje porque le había salido un eructo hueco (como estaba algo sordo pensaba que los demás tampoco lo oían), pero el de sonido avisaba enseguida al ayudante de realización y este al director de la serie que mandaba parar y ya estaba montado el cachondeo. En una ocasión sacaron uno de sus episodios de meteorismo involuntario en un especial de tomas falsas de Navidad. Los demás se rieron mucho: ¡él, no!

Las manos de la masajista iban y venían, su espalda cada vez más cargada de sangre que notaba agolparse en la zona de la nariz como si las aletas fueran a desbordarse. Puesto boca abajo en la camilla apenas podía mirar por el hueco que esta tenía en el centro, a través de él podía ver las uñas pintadas de Luna que llevaba unas sandalias. Los dedos con las uñas rojas le parecían tortugas *hippies*. Quizá era una tontería pero se lo parecían.

—Luna, escucha. Déjame que te haga una pregunta, ¿tus padres eran *hippies* y te pusieron ese nombre?

—Yo-que-sé... pues lo mismo, la próxima vez que vaya a comer a casa se lo pregunto si tanto interés tiene. A mí me gusta aunque en el colegio un niño decía que me habían puesto Luna porque mi padre era cristalero.

—¿De verdad que lo era?

—Claro que era mi padre.

—No, digo que si de verdad era cristalero...

—Efectivamente, y su cristalería se llamaba Luna. Hubiera sido peor que fuera ferretero porque me podría haber puesto «Cerroja». —Y rio como cruje un cierre metálico.

Entonces Luna se empezó a reír de su propia sandez porque los chistes malos si no se ríen mucho tiempo son doblemente malos. Ella estaba ensimismada por su golpe de ingenio pero Arturo ya no le hacía ni puñetero caso porque pensaba en ese papel de militar que le acaba de ofrecer su representante y que, naturalmente, había tardado una milésima de segundo en aceptar. Volvería a ver su foto en carteles gigantes (aunque después de que desapareciera el último gran cine de la Gran Vía para aparecer en un cartel gigante había que anunciar moda o presentarse a unas elecciones como candidato). El cine no es lo que para él había sido pero no podía dejar pasar aquella oportunidad porque en la tele las series se acaban y en ningún caso se quería ver en el hogar del actor jubilado contando historias de cómo besaba Carmen Sevilla.

Así apenas notaba los meneos de Luna en su espalda. Cerraba los ojos y pensaba que su cuerpo era un escenario de película del *far-west*, indios instalados en las montañas y confiados granjeros en las praderas. Pimpam, pimpam, los dedos de Luna galopaban como caballos bien entrenados.

Aquel instante de felicidad en horizontal no había director que se lo quitara al grito de «¡corten!».

Una espalda por la que cabían todos los caballos del Séptimo de Caballería, una manada de búfalos en estampida y una panda de granjeros cursis que siempre la palmaban en cuanto un indio lanzaba la segunda flecha (la primera siempre daba en la carreta como señal de aviso).

Visto en aquella posición era la única manera de tener una visión dulce de Arturo Rodríguez puesto que en el oficio tenía una fama de mala leche espantosa y, entre los vecinos, una bien ganada leyenda de borde completo. Era el típico vecino coñazo que se queja en las reuniones porque los demás se compran coches muy grandes que no le dejan aparcar el suyo, el vecino que reclama porque hacen ruido las cañerías de los demás, el que se queja porque los niños bajan dando saltos por la escalera.

Sus hijos tampoco hablaban muy bien de él porque había sido un padre que les tuvo abandonados, siempre internos en colegios en el extranjero, y muy poco amable con su ex mujer a la que acusaba de todos los males que padecía incluidos el colesterol y una soriasis que le entraba cuando se ponía nervioso.

Jamás se le había visto participar en una causa humanitaria, ni darle una limosna al pobre que esperaba en la puerta del supermercado, nunca había sentido piedad por el dolor ajeno y, muy al contrario, disfrutaba viendo imágenes de violencia porque le atraía ser el chulo del patio, algo que no pudo ser cuando era pequeño porque entonces el chulo era otro. Habían pasado muchos años por el patio de su memoria pero cada vez que volvía a él escu-

chaba cómo se reían de sus orejas y de los pantalones remendados. Su madre le decía que no debía sentirse inferior a los otros *chiquets*, pero él no conseguía quitarse de encima esa estampa de la miseria, aquel recuerdo maldito de la necesidad, ser hijo del hambre, de una España triste en la que los niños pobres sentían vergüenza de ser tan pobres. Una y otra vez soñaba que volvía al colegio, ya adulto, y que el portero le reconocía y le daba una colleja a pesar de que él se esforzaba por contarle un chiste: «¿Quieres que te firme un autógrafo?, ahora soy famoso». «¿Famoso tú?, le respondía el portero en el sueño, pero si eres el mismo pringao del que nos reíamos todos, *orellut*, sí tú, aunque te disfraces con una chaqueta cara. El brillo de tus zapatos italianos no me hace olvidar a tus suelas siempre abiertas y con hambre por las que se colaba la tierra del patio que luego te quitabas al entrar en la galería». Cabronazo el portero... pobre en el fondo porque a estas alturas debía estar muerto. ¿Por qué no le entendieron cuando él era un chiquillo que quería ser feliz, nada más que eso, apenas otro *chiquet* más de los que cuentan cosas graciosas para que los demás le tengan en cuenta. Puede que por eso luego se hiciera actor, para disfrutar en el teatro de las vidas que no le habían permitido tener. Nada hay más cruel que el patio de un colegio para un niño que se tiene por diferente. Todo hubiera sido distinto si le hubieran hecho algo más de caso, pero sólo se fijaban en su aspecto y en el tartamudeo que le entraba cuando se ponía nervioso, algo que con mucho esfuerzo consiguió dominar ya de adulto. ¿Por qué será que cuando una cosa le sale mal a un niño todas las demás se vuelven en su contra?, su

madre le acariciaba el pelo y él sentía que bajo aquellas manos, en ese nido, era una persona feliz, pero sólo allí, sólo cuando volvía a casa y podía quitarse los zapatos de suelas abiertas y desprenderse de unos calcetines grises que olían a fracaso.

Por eso, ahora, experimentaba algo que él tenía por nostalgia de maldad. Pero él no lo quería así. Hubiera dado cualquier cosa por volver al patio y hacer un papel en una obra y que el portero le hubiera dicho a su madre que menudo hijo tenía, que era el más brillante, el que más talento tenía de todos los zascandiles que peleaban por darle patadas a una pelota vieja de cuero.